

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Esta santa iglesia, la maravilla de las catedrales de Francia, tan célebre en Europa por la animada creación de Victor Hugo, y en cuya construcción se habían agotado el arte y las ciencias de tres siglos, sufrió por espacio de bastantes años horribles mutilaciones, y puede decirse que una especie de martirio continuado, en que se sucedían las profanaciones artísticas, hasta que por último recibió el golpe de gracia convirtiéndose en templo de la razón. Hace poco tiempo se ha restaurado, devolviéndola en lo posible su antiguo esplendor, según puede juzgarse por la lámina que presentamos, y que figura la puerta del Norte.

EL ABATE D. JUAN ANDRÉS.

Nació en la villa de Planes, reino de Valencia, el 15 de febrero de 1740, de padres aniles y ricos, que desde temprano le enviaron á la

capital de su provincia, y le pusieron en el seminario de nobles de ella, dirigido por los jesuitas. Después de estudiar filosofía en la universidad de la misma ciudad, tomó la sotana de la Compañía de Jesús en Tarragona, el 24 de febrero de 1754, estudió teología en el colegio de San Pablo de Valencia, y fué nombrado catedrático de retórica en Granada. Allí compuso, para una función que se celebró con motivo de los exámenes públicos de sus discípulos, una tragedia titulada *El Juliano*, que fué muy aplaudida, pero que no se ha impreso; y se hallaba desempeñando el mismo destino, cuando se decidió por el gobierno el estruñamiento de los hijos de S. Ignacio. Resignado á esta disposición superior, salió Andrés de su patria, y habiendo residido algún tiempo en Córcega, primero en Ajaccio, y después en San Bonifacio, y escrito en este último pueblo un elegante comentario de las incomodidades sufridas en el viaje por los jesuitas desterrados, pasó á Ferrara, donde se hallaban reunidos muchos de sus colegas, y donde enseñó filosofía en el instituto, Andrés no se ligó indisolublemente con la Compañía hasta el año de 1775, en que hizo su profesión solenne; y habiendo

por el mismo tiempo publicase su *Prospectus philosophiae universae*, se dió á conocer ventajosamente, y obtuvo la plaza de bibliotecario del marqués Bianchi de Mantua, cuya proteccion puso su suerte al abrigo de toda incertidumbre, y le libró de graves afanes. Dos años después concurrió Andrés con el célebre matemático Fontana al premio propuesto por la academia de Mantua sobre la solución de un problema idéntico muy difícil, y en 1776 publicó su *Ensayo de la filosofía de Galileo*. Al mismo tiempo que en las ciencias exactas, trabajaba el infatigable Andrés en la numismática, y se aplicaba á investigaciones eruditas, de que ofrecen un testimonio irreconciliable sus numerosos obras, cuya lista pondré al fin de este artículo. Poco después, teñido de sangre los campos de la Italia septentrional, y amenazada Mantua de las calamidades de la guerra, se retiró Andrés á Colorno, en las inmediaciones de Parma, en cuya capital dirigió luego los estudios del seminario, y adelantó mucho las mas importantes de sus obras, que tenia comenzada largo tiempo antes. *Sobre el origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Al leer el plan del autor, creyeron todos los eruditos que semejante obra era superior á las fuerzas de un solo hombre; pero al ver su desempeño, no pudieron menos de reconocer y admitir la estension de los conocimientos del abate Andrés, que con recursos infinitamente mientras que los que existen en el día para esta clase de obras, hizo mas de lo que nadie habria osado esperar. La parte de la obra del padre Andrés en que hay mas novedad, es ciertamente la relativa á la literatura árabe, en la cual, en su estado largamente, dice el padre Scotti, en alabanza á los árabes, si con demasiada prolijidad les atribuye invenciones, si exagera la elegancia y la profundidad de sus escritores, si ensalza su influencia literaria sobre la España, y de allí sobre toda la culta Europa, tiene una muy fuerte y para él sobradamente gloriosa razon con que defenderse de tales acusaciones; á saber, que él es el primero que presenta bajo tan luminoso aspecto á su nacion, á la cual creia la literatura deber pocas obligaciones. Mas sea de esto lo que fuere, se le debe perdonar semejante ensajamiento, en gracia de las nobles intenciones, en que con arte enteramente aya y toda maestría, pinta vivamente el renacimiento de la literatura y de las ciencias, y traza el carácter de los siglos siguientes, hasta aquel de cuya literatura era él mismo el mas bello ornamento. Elevándose en el fin de esta parte, estoy por decir, sobre la esfera de los conocimientos presentes, y aun sobre las fuerzas humanas, predica las futuras mudanzas del saber, y propone medios oportunos para impedir la barbarie, y conducir la cultura á su última perfeccion. El abate Arzengi impugnó con demasiado acaloramiento la opinion del padre Andrés, sobre el origen de la poesia provenzal; y este último contestó en términos que habrian bastado para que todos le diesen la razon, aun cuando no fuese sino por el comedimiento con que él defendió la que creia tener. Las observaciones hechas en sus viajes, observaciones que él consignó particularmente en las cartas familiares á su hermano D. Carlos, no contribuyeron menos á su celebridad que sus demás obras, entre las cuales no dejan de merecer una mención honorífica sus indagaciones sobre el arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos, publicadas en 1795, y su catálogo de los códices de la biblioteca Capilupi de Mantua, publicado en 1797. Rechazados á poco los franceses de Italia, nombró el emperador Francisco al padre Andrés, en 1799, director de la universidad de Pavia; pero habiéndole hecho salir de allí los nuevos triunfos de los republicanos, pasó á Parma, donde el duque Felipe le nombró su bibliotecario, cuando vió obstinado á Andrés en renunciar la plaza de superintendente de los establecimientos literarios de todos sus estados, que le habia conferido el mismo príncipe. Después de publicar un gran número de escritos sobre muchos de los ramos en que estan divididos los conocimientos humanos, y en casi todos los cuales volvió por el honor de la literatura de su patria, frecuentemente mancillada por el aturdimiento ó la ignorancia de muchos escritores extranjeros, Andrés, viendo restablecida su Compaña en el reino de las Dos-Sicilias, pasó á Nápoles en 1804, y renunciando á las pensiones que debia á la ilustrada munificencia de varios soberanos, se aplicó, aunque ya viejo, á los trabajos de su instituto; fué nombrado prefecto de la real biblioteca, miembro de la academia Herculaneense, de que por muerte de Francisco Daniel fué hecho secretario, y en estos destinos continuó dando á luz varias obras importantes, mereciendo á los dos monarcas franceses, que sucesivamente ocuparon el trono de Fernando IV, la misma consideracion que habia debido al monarca legitimo antes de su expulsion, y que le continuó debiendo después de su regreso en 1815. La misma consideracion habia debido antes Andrés á los reyes de España Carlos III y Carlos IV, al emperador de Alemania José II, al gran duque de Toscana Leopoldo, á la princesa de Módena Maria Beatriz de Este, á su esposo el archiduque Fernando, gobernador de Lombardia, al emperador Francisco II, al duque de Parma Felipe, y en fin al santo Pontífice Pio VII, de todos los cuales mereció los testimonios menos equívocos de benevolencia y de aprecio. Ya al fin de sus

dias unas tácticas mal basadas, y de cuyas resultas quedó tiego, acabaron los últimos momentos de Andrés, que aunque á pesar de tan horrible contratiempo no abandonó sus trabajos, ni interrumpió su correspondencia, ni dejó la instrucción de sus alumnos, anunció luego que no sobreviviria á una catástrofe, que para él era una verdadera sentencia de muerte. A poco tiempo en efecto un arma cruzó que le sobrevino, hizo ver que aquel temor no era infundado, y si bien, logrando el permiso de trasladarse á Roma, se mejoró algun tanto y dió algunas esperanzas á los numerosos admiradores de su saber y de su virtud, recayó á poco, y murió el 12 de enero de 1817, en la casa profesa de los jesuitas de la capital del mundo cristiano, dejando una reputacion de sabiduria, de modestia, de patriotismo, de benevolencia y de aplicacion que nunca perecerá. La siguiente lista de sus obras prueba hasta qué punto supo el padre Andrés aprovechar el tiempo que le dejaron libre los muchos encargos que tuvo y las comisiones que desempeñó. I. *Prospectus philosophiae universae - publicae disputationis proposita in templo Ferraricensi*. Ferrara, 1776, en 8°. Esta es una coleccion de muchos centenares de conclusiones, distribuidas con variedad é inteligencia, y que desde luego hicieron formar un gran concepto de los conocimientos del autor. II. *Dissertatio de problema hydraulico ab academiâ Mantuanâ proposita*. Mantua, 1778, en 4°. En el año anterior habia dispuesto la academia que se publicase á sus expensas. III. *Ensayo de la filosofía de Galileo*. Mantua, 1776, en 8°. IV. *Carta al señor comendador fray Cayetano Valenti Gonsaga, sobre una pretendida causa de la corrupcion del gusto italiano en el siglo XVII*. Cremona, 1778, en 8°. Esta carta, traducida al castellano por el benemérito D. Francisco Javier Borrull, se imprimió en Madrid en 1780. En ella vindica Andrés á su patria de las imputaciones de Bettinelli y de Tiraboschi, que señalaban como una causa principalísima de la corrupcion del gusto en Italia en el dicho siglo, la influencia política y literaria de los españoles. Las razones con que Andrés apoyó su vindicacion fueron tales, que el mismo Tiraboschi decia á Lampillas: «Andrés defiende su nacion con armas mucho mejores, y la prueba es la misma moderacion con que escribe... la causa de los españoles no se podía defender mejor.» V. *Carta sobre el reverso de una medalla, no entendida por Maffei, al señor conde Alejandro Muraribra*. Mantua, 1778, en 8°. El citado Borrull tradujo tambien esta obra al castellano, y la hizo imprimir en Madrid en 1772, en 12°. Andrés demostró que dicha medalla representaba un Hércules con el jabalí de Erimanto sobre las espaldas, y al rey Erisiclo que al verle se escondia en una cuba, como lo describe Dóndoro de Sicilia. La inteligencia de aquella medalla se habia escondido á la penetracion de Maffei, y Venuti y Gori habian imaginado esplicaciones poco satisfactorias. VI. *Carta sobre una demostracion de Galileo, al señor marqués Felipe Maria Casati Bonafinelli Paleotti*. Ferrara, 1779, en 4°. En ella, hablando del desprecio de los graves, anunció el autor principios que fueron fuertemente impugnados; pero la primera y tercera parte de este escrito, en que Andrés retractaba un error cometido en su *Ensayo*, y en que defendia á Baliani de algunas injurias censuras de Montaula, fueron extraordinariamente aplaudidas. VII. *Disertacion sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos*. Ferrara, 1779, en 4°. En este escrito atribuye particularmente el autor los pocos progresos de las ciencias al deseno mal entendido de querer reunir toda clase de conocimientos, y desdeñar el estudio de los clásicos. D. Carlos Andrés, hermano del autor, tradujo al castellano esta carta, y la imprimió en Madrid en 1785. VIII. *Disertacion sobre el episodio de los amores de Eneas y de Dido, introducido por Virgilio en su Eneida*. Cesena, 1778, en 8°. En este escrito, que tradujo en el mismo año al castellano el citado D. Carlos, y que reimprimó el abate de Sordani en sus comentarios sobre Virgilio, se propuso el autor dar á los mantuanos un testimonio de su reconocimiento por la hospitalidad que les debia, acusando el anacronismo que se imputaba al inmortal poema de uno de los mas ilustres hijos de Mantua, y probando que en tiempo de Virgilio el empuento del hijo de Anquises con la hija de Belo, se contaba en el número de las antiguas tradiciones, cosa que bastaba para justificar la introduccion de aquel episodio. IX. *Carta sobre la música de los árabes, á Juan Bautista Toderini*, inserta por este en su obra de la *Literatura turca*. Venecia, 1787. En esta carta, traducida al castellano, y publicada en Madrid en 1785, se da una noticia del famoso códice árabe de Alfarsibi, que contiene un tratado sobre la música antigua, y del que podrá sacar muchas noticias preciosas el que diese ilustrar la música griega. X. *Cartas familiares á su hermano D. Carlos*. Estas se imprimieron en Madrid desde el año de 1791 al de 1795, traducidas por el mismo D. Carlos; tambien se imprimieron traducidas al alemán, en Weimar, en 1792, y el abate Mercier de Saint Leger, hizo una traducción francesa, que no se publica por haber sobrevivido la revolucion. XI. *Indagaciones sobre el origen y celestidades del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos*. Viena, 1795, en 4°. Venecia en el mismo año, Nápoles en 1796, y Le-

doada al castellano, Madrid, 1794. En esta obra trató Andrés de probar que la gloria de que se habla cubierto el abate L'Épée extendiendo la esfera de los conocimientos de los sordomudos, y ganando para la sociedad y la civilización, individuos á quienes la naturaleza parecía haber condenado á la estupidez y al aislamiento, pertenecía á Pedro Ponze, benedictino del monasterio de Oña, que un día enseñara á sordomudos diferentes ciencias y lenguas. XII. *Carta á D. Carlos Andrés, sobre la literatura de Viena*, Madrid, 1794, en 12.º. En 1798 se imprimió en Viena la traducción italiana con varias adiciones de Brenz, y en la misma ciudad y año otra traducción alemana. En esta carta describe el autor las mejores ciudades que se hallan en el camino desde Mantua á Viena, y habla del estado de cultura de esta gran capital, de sus museos, archivos, bibliotecas, escuelas, academias, etc. XIII. *Catálogo de los códices manuscritos de la casa Capilupi de Mantua*, Mantua, 1797, en 8.º. Esta obra, cuya traducción castellana, hecha por el hermano del autor, se imprimió en Valencia en 1799 en 12.º, comprende los títulos y clasificación de 128 manuscritos, con muchas observaciones arqueológicas, históricas, diplomáticas y bibliográficas, muy alabadas de Tiraboschi, Lessart, y otros muchos hombres célebres. XIV. *Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, Parma, 7 tomos en 4.º, desde 1782 hasta 1799, reimprimó sucesivamente en Venecia, en Prato y en Pisa. En 1818 hizo Mordachini una nueva edición con muchas adiciones. Roma, 9 tomos en 4.º. En Nápoles comenzó otra en 1796 el gabinete literario; pero la suspendió en 1799. En 1776 fué traducida al alemán, y al mismo tiempo que se publicaba en Italia en italiano, lo iba siendo en Madrid en español por D. Carlos Andrés. Ortolani empezó también á traducirla al francés, pero no salió á luz más que el primer tomo, publicado en 1805. XV. *Cartas á su hermano D. Carlos, sobre varias noticias literarias*, Valencia, 1800, en 12.º. En esta obra se ve un extracto del *Catálogo de Capilupi*, una carta sobre la utilidad de estos catálogos, y otras cinco, llenas de noticias literarias muy importantes. XVI. *Cartas al señor abate Jofine Morelli, sobre algunos códices de la biblioteca capitular de Novara y de Verceil*, Parma, 1802, en 8.º. Es un papel lleno de erudición, en que entre otras cosas se halla la noticia de varias colecciones de cánones, que hubieran podido dar mucha luz á Sismondi, á Labbe, á Baluzio y á los demás que trabajaron sobre estas materias. XVII. *Carta á Octavio Ponsoni, sobre el estado presente de la literatura española, inserta en La Abeja, periódico de Florencia*, en mayo de 1804; carta que á pesar de haber sido escrita treinta y seis años después de su espulsión de España, contiene noticias curiosísimas sobre las obras y escritores de la misma nación, y sobre sus academias, sociedades, bibliotecas, museos, periódicos, etc. XVIII. *Antonii Augustini, archiepiscopi tarraconensis, epistola latina et italica, nunc primum edita*, Parma, 1804, en 8.º. Esta obra se compone de 412 cartas latinas muy interesantes, y de 37 en lengua vulgar, del célebre arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín, precedidas de un largo prólogo del editor, lleno de noticias muy curiosas. XIX. *Prodromus in anedota graeca et latina, ex Mss. Codd. bibl. reg. Neapol.* Nápoles, 1816, en 4.º. En este *Prodromo* indicó Andrés la historia de la biblioteca real de Nápoles, y enumeró muchos libros curiosísimos que en ella se hallan. Por último, en las actas de la academia real de Nápoles, se imprimieron también varias disertaciones del mismo autor, que además dejó otras muchas inéditas. *Sobre dos inscripciones encontradas en el templo de Isis, en Pompeya*; *Sobre el culto de la diosa Isis*; *Sobre el descubrimiento del Heroulano y de Pompeya*; *Sobre una inscripción latina publicada en la disertación topográfica á la exploración de los papiros herculanenses*; *Sobre una inscripción que está en un busto de Cayo Nerón*; *Sobre la insularidad de los aires de Bayes y sus causas*; *Sobre las ventajas que pueden sacarse de los títulos de los códices*; *Sobre la utilidad del estudio de los códices, etc.* En fin, el padre Andrés dejó *Noticias históricas pertenecientes á Meliari*; *Noticias del monasterio de San Nicolás de Casola*; *Noticias de dos poemas griegos de Juan de Otranto y Jorge de Galapoli*, y otras varias éstrikas. Parecería imposible que de un hombre dotado de un mérito tan superior, conocido por tantas obras, publicadas en tan diferentes países y por tan largo número de años, pudiese faltarse en los términos que lo hizo Mr. Bourgoing en la *Biografía francesa*, llamada de Michaud, de que hace más de treinta años refundi yo algunos tomos. Diez y ocho líneas dedicó el citado Bourgoing al artículo del célebre jesuita valenciano, en las cuales hay tantos errores como palabras, y solo se hace mención del *Ensayo de la filosofía de Galileo y de la historia de la literatura*. Por culpa de precipitación, el artículo de que hablo se imprimió en 1811, es decir, seis años antes que muriera Andrés, á quien Bourgoing hizo morir á principios del siglo. En 1817, después los franceses de toda la Italia, no era permitido ignorar que en una de sus más importantes ciudades existía y trabajaba uno de los hombres más ilustres que produjo la España en el último siglo. El padre Augusto Antonio Scotti, socio de la academia Mercuriana de

arqueología de Nápoles, leió en dicha sociedad el *Elogio histórico del padre Juan Andrés*, su secretario, elogio que traducción del italiano, se imprimió en Valencia en 1818, en 4.º, con un retrato del doctor jesuita, grabado por Pelegrin. D. Francisco Javier Borrull compuso también otro elogio, que se publicó en Valencia y en Madrid en 1817.

TURBACIONES DE JUAN LANAS.

(COSTUMBRES DE PROVINCIA.)

«Tú, lector, digonos: ¿ser costumbre, aunque en una verdad, puzca casual?»

I.

Juan Lanas era hijo único de un labrador de los de montaña en pella y capa en el arca. Periquito Lanas, su padre, no estaba sobrado de hacienda; pero tenía despejado el magín y había pocos en el pueblo de su castre: elector y elegible según la tarifa de la ley de ayuntamientos, de regidor fué á síndico personero, y por la mayordomía de ástimas subió á empuñar el cetro de alcalde.

Los pelucones, pelucas y peluquines; las molts, apromios y recargos; los apercambientos, emplazamientos, notificaciones y llamamientos; los órdenes, contra-órdenes, escitaciones, revivarios, repelones y amenazas que sufrió; las confusiones en que se vió prieto su entendimiento entre aquellas avenidas de oficios, expedientes, pídrones, modelos, listas, cuentas, reparos, exhortos, carias-órdenes, bolchines, impresos, manuales, diccionarios y hasta bibliotecas que lo traen el balijero; las angustias que padeció al verse consultado, de real orden, por los seis ministros de S. M. «Sobre el crédito hipotecario y territorial. La enajenación de propios con aplicación á la construcción de un ferro-carril que debería pasar dentro de cien años á nelenta leguas norte de la provincia. La conveniencia de la conservación del solar de una ermita, donde al decir de la comisión provincial de monumentos había en 1400 vestigios de una piseina, y por último, sobre el origen, progresos y decadencia de las enfermedades de todos los animales y todas las plantas que no se conocian en aquel término.» La tortura que padeció al verse mandado, conminado y perseguido por el gobernador civil, el consejo provincial, la diputación, el administrador de directas, el de indirectas, el comisario de montes, el de policía, el cobrador de contribuciones, el arrendador de los consumos, el juez de primera instancia, la sala, el jefe de la comisión investigadora de memorias para el clero, el de la de instrucción pública, el capitán general, el comandante ídem, el de cantón, el de la guardia civil, el jefe de fábricas, el capitán de tránsito, el ilustrísimo obispo, el provisor, el vicario, y por toda la caterva de las juntas de beneficencia, de agricultura, inspectora, de la eria caballar, de sanidad, de jefes, de liquidación, de... ¡póuen puede relatarlas!... La tortura, digo, fué tan grande como la que sufre el pobrete que en rueda de chuzones sirve de pelota y pelote.

De tal sufrimiento, de tanta angustia y de tormento tan rudo, en vez de escarmentar, dedujo que su hijo Juan debía ser letrado, y sin mas ni mas le puso en el camino del saber por la puerta de un seminario conciliar, como aquel otro que se fué á Roma por Laná.

Cuando Juan tomaba en puro y jugaba á mayores, pasó á recibir el grado de bachiller en una universidad, y al cabo de catorce años, D. Juan Lanas volvió á su pueblo con juramento hecho de defender á los pobres, al misterio de la Purísima Concepción, y la Constitución del Estado, que no recuerdo cuál era de las tres hijas de Elena. No aparentaba el licenciado mucha discreción; ¿pero cómo no tenerle por un pozo de ciencia al oír el siguiente verídico resúmen que el Eio Periquito hacía de los adelantos de su hijo?

«Segun las certificaciones ha estudiado doce asignaturas para la segunda enseñanza, cuatro en el año de ampliación, y diez y seis en la facultad de jurisprudencia, total treinta y dos. Ha sufrido sesenta y cuatro exámenes, sin contar los que tuvo extraordinarios, ni los de incorporación; tres tentativas, tres actos honoríficos, tres prácticos y unas cuantas bonas sueltas de preguntas. Trae una biblioteca de sesenta y siete volúmenes, toda de libros de texto (y deserraba los programas, compendios, cuadernos y comendatilis de los catequistas), con sus notas, sellos, rubricas y resellos. Ha consumido tres mil quinientos sesenta reales en matriculas, cuatrocientos setenta y ocho en derechos de examen y certificaciones, tres mil ochocientos por los grados, dos mil novecientos cuarenta y ocho en libros de texto, porque como son selectos cuestan un ojo de la cara, y hasta unos ciento treinta mil en viajes, regalos, pupilaje, traje académico, ropa de sociedad, con la demás que en trece años de bienandanza cobra por la manga un estole! mediantemente desahogado. Tu-

tal de gasto, ciento cuarenta mil setecientos setenta y seis reales.»

Su padre de contento al verle tan sabio y de gozo por hallarse en aquel punto, arruinado, gracias á la ilustración de su hijo, se murió por no sufrir la ejecución de un usurero, ni el apremio por desfalcos en el fondo supletorio, en el tanto por ciento de cobranza y en la administración del pósito. Razones tendría para morirse, que sólo tan grave no se hace sin ton ni son, y aun debió comunárselas á su hijo, porque Juan admitió la herencia á beneficio de inventario, y se quedó con lo puesto y mas letras que un misal. Bien hubiera preferido su ignorancia primitiva, de la que no había perdido gran cosa, y recibir limpios de polvo y paja los ciento cuarenta mil setecientos setenta y seis reales invertidos en su carrera; pero como era hombre de pelo en pecho, en tan desesperada situación, para salir de apuros, caídos: verdad es que su mujer tenía por patrimonio el día y la noche, y fundadas esperanzas de una fecundidad milagrosa, atendido su físico y la tradición y hábitos familiares; pero el matrimonio es el estado natural de un hombre que ha concluido su carrera.

Comiéronse primero los puros, después los codos, y habieran acabado los cónyuges por devorarse recíprocamente como el gato y el ratón de la fábula, á no haber obtenido el licenciado un destino de cinco mil reales, salvo descuento, en la secretaría del consejo: su mujer y el diputado sabían la causa de aquel inesperado favor: Juan Lanaz lo atribuyó á la Providencia que vela por los pequesuelos.

Al cabo de seis años, durante los cuales estuvo cesante doce veces, recorrió todos los ramos y logró visitar veintidós de las cuarenta y tantas provincias españolas; se hizo un buen empleado y todo un buen padre de familias. Aprendió á escribir con soltura y corrección el cargo y la data, el doha y haber; dirigió como ninguno esos interminables estados con los cuales por el método sináptico y sincrónico se hace confusa la noticia mas clara y sencilla; gracias á la misma aplicación, dirigida en diverso sentido, tenía alrededor de su mesa cinco herederos legítimos, de todos sexos y edades.

¡Loca ambición! tú precipitaste al tío Pedro, tú también darás en tierra con el licenciado su hijo!

Hace unos meses que ocupándose de fincas del Estado, tiene la monomanía de hacerse propietario. ¿Quién como el ciudadano independiente, decía, que tiene que comer en su hogar sin esperar el correo, ni estar colgado del semblante indigesto de su jefe?... ¿Cómo se devora en el campo, al aire libre!... Y tras de este soliloquio recitaba á su mágna esposa todos los idilios que podía suministrarle su escasa oración clásica.

¡Oh lamentable suerte la tuya! ya pasaron los tiempos en que se compraba una puerta con el importe de las rentas, que se pedían adelantadas al arrendador, sin perjuicio de subirse luego que se otorgaba la escritura; ya no se negocia un convento por el valor de las columnas del patio, ni una dehesa con el escamoteo del monte! Se suspendieron las ventas!... ¿Qué hacer?

La fortuna se le vino rodada: por justificar un censo le obligó en jefe á que deslucrase la rancia fundación de un patronato, establecido en el 600 por D. Homobon Lanaz, presbítero. Pasó como un rayo por aquello de mi alma á Dios y mi cuerpo á la tierra, se tragó la profesión de fe, y con ojos encandilados por el deseo, penetró en el laberinto de los llamamientos y en el libro henerro de los inventarios: el resultado de aquellas investigaciones fué dejar al jefe colgado, y plantarse en lo del rey ebrio de gozo.

Aquí de las leyes: en un verbo registró el buen Juan las *Partidas de Gregorio Lopez*, como dicen los abogados de secano, la *Nueva y la Novísima*, la montaña de tomos de *Decretos*, la *Curia Filipica*, el *Febrero*, once veces reformado, el *Escricho*, el *Pacheco*, etc., etc., etc., y en un santiamén supo al dedillo todas aquellas clarísimas distinciones, divisiones y subdivisiones de patronato gentílico, hereditario, familiar, mixto, activo, real, personal, pasivo, eclesiástico, laical, mero-laiical, otra vez mixto, pio, general, compatible, solemne, y menos solemne. Se paró con aquellos *elegantes versos*:

Patrono debetur honos, onus, utilitasque...

y con los de

Patronum faciunt dos, adificatio, fundus.

y fraguados los árboles con mil sudaras, gracias á la claridad de los libros parroquiales, después de saber con las formalidades del derecho que su padre se llamaba Crispín Salustiano David Juan de Santa Marit de las Nieves, pero no Pedro, como él se decía, interpuso su solicitud, y al cabo de veintiseis meses se le adjudicó el patronato, del cual tomó posesión cuando se lo quiso entregar la hacienda pública, que ya le había cobrado el tanto por ciento y las costas y el papel de reintegro.

Tenemos á Juan Lanaz con una heredad de viña y olivas, con casa de tejá, haxas en el ruedo, casa principal, dos que lo fuerón, cortijo con monte, huerté y huerto, censos y jarrés, deudas inaborrables y

límites de la deuda sin interés. Es todo un propietario, elector y elegible en las de diputados, según ha calculado por la invitación recibida como primer fruto de su nuevo patrimonio. Propietario en toda la extensión de la palabra y con todas las variedades de la especie. Perdido su destino, se creó rico, feliz, independiente, y comienza para Juan una nueva era; ¡castillos en el aire! tú lo verás, leyente amigo, en el artículo que sigue, donde se prueba que no se puede ser propietario, ni rico, ni independiente, ni aun ciudadano, sino todo lo mas, cantante ó empleado.

II.

—Juan, mira que me vas probando la paciencia! Esto no puede seguir así; desde que somos ricos, te has hecho miserable como un aguador: estamos siendo el plato de la vecindad. La casa podía pasar en un empleado de tres al cuarto, ya necesita papel en el recibimiento, otros muebles, persianas, cristales, cortinas, visos, alfombras, fanales, cómodas, cama colgada, cántres de hierro para los niños, servicio de mesa, criado...

—Para, Tránsito (asi llamaba Juan Lanaz á su esposa, aunque ella se firmaba Perpetua), para esa infernal laravilla...

—Y los niños todos necesitan reforma: de mí no hay que hablar, porque está á la vista: sin reloj no puedo vivir, y que ahora se llevan con tanta larga, y que una mujer sin sortijas no parece bien entre estas andaluzas tan fastuosas y pónesolotado.

—Pero si las rentas vencidas se fuerón en tus caprichos y en las obras...

—Y has hecho gran negocio con las casas: las tres desajuladas y pagada un contribucion.

—Pero ahora á lo ménos es posible que tengan inquilino, los dormitorios estaban á todos vientos y las escaleras tan malas y los pisos tan desiguales, que del comedor á la cocina era preciso mandarse por esquelas.

—De la mujer el consejo: tú eres como aquel que compró una bolsa con el dinero que tenía ahorrado. Pues sin *prevenciones* no nos hemos de quedar, que aquí no es como en Madrid, que todo se compra ochavo á ochavo...

—Si el presupuesto...

—Nada de presupuestos, ya no somos empleados.

—Mujer, recreate en este apremio por trescientos setenta y dos reales del trimestre que vencerá, con recargo de cuarenta y dos y maravedises; lee esta invitación de la colecturía en que me reclaman, primero, treinta y seis arrobas de aceite para la lámpara de una espilla que no existe, y que gravita sobre un erial donde hubo olivas cuando la conquista y que no se ha pagado desde la guerra de las arañas; segundo, cuatro mil cuatrocientos cuarenta y cuatro reales por la limosna voluntaria de cuatrocientas once misas que pesan sobre las casas; tercero, setecientos seis reales por veintidos aniversarios en pró del alma de D. Homobóno...

—Bien asegurada la dejó el buen señor con tanto sufragio.

—Tránsito, á quien te dió el espol, dale la pata y el alon.

—Ya veo que nosotros lo que comemos son huesos.—Pide dinero á rédites, ahora no dirán que no tienes sobre qué caerle muerto; hipotecas una finca...

—Así y todo, píden un ojo de la cara.

—No parece sino que no lo has tomado á peseta por duro al mes.

—Pero entonces me labraba un protector en cada acreedor...

—Pues no hay que hacerse de nuevas; janda!... ¡sí!... y te compras un caballo, que es muy feo vayas al campo en burro, y con nada se gobierna una galeota, que con las miñas de la yunta... Arreglamos la casa, y á ver si quiere Dios que nos veamos limpios de acreedores y vamos á la cista el olfón; me bañaré en el mar para que se me quite la erisipela; compraremos algo de contrabando y buen tabaco, que con la virginia lienes los dientes como aceitunas... Verás qué de buen humor te ponés pescando todo el día.

—Esa bolsa y ese agente...

—La bolsa yo te la arreglaré, y agente ninguno mejor que tú: ya no me acordaba, con el dinero nos vamos á Madrid, y verás, ahora que se ha abierto el teatro Real, cómo lo zarzamos todo...

—Nos vamos!... ¡yo! ¿y dejó la hacienda? ¿tú que estás criando y con ama? Y la viña sin cavar, y los olivares sin vinar, y el casero pidiendo la alería y el galán la soldada...

Gracias al benéfico decreto del arreglo de la deuda, estas disputas matrimoniales terminaron felizmente; Juan Lanaz consolidó en dinero sus límites de deuda no consolidada, pagó como hombre honrado, y aun le quedó algun sobrante, que después de mil tretas para librarse de las garras de su mujer y de las furias de los petardistas, no salió de la gabela para especular con alguna sin que volviese mermada la cantidad.

—D. Scarpio tiene mas onzas que meses un terremoto, compró mil fanegas de pan á treinta reales y las ha vendidas á siete dms y medio. ¿Pues la cebada, que la lumó á diez reales y se la están quitando de

las manos á reintidre? Mas redondo ha sido el negocio del aceite, en vasó hace cuatro dias quinientas arrobas, y hoy se lo solicitan con cuatro reales de ventaja.

Estó oyó Juan en la rueda de casa del herrador, y seguidamente apuntó en su agenda.

El anís deja un quinientos por ciento.

La cebada un ciento diez.

El aceite dos mil reales en cuatro dias.

Inmediatamente puso en movimiento corredores, amigos y mozos para comprar cebada y anís. Alquiló cámaras para el primer artículo, y en la suya encerró la malta; nunca hubiera hecho tal, que su persona oía siempre á aguardiente y la jaqueca tomó pupilaje en su cabeza. Seis años estuvo sin embir mas que cinco reales, y cuando llegó á ventarse por el *famó* subió de precio, y no había quien levantara una franga: al fin á empujones la vendió con un treinta por ciento de beneficio en el sétimo año; pero treinta y cinco y el interés del interés le hubiera dado en igual tiempo en una caja de ahorros.

De la cebada no hablamos, porque salió con las manos en la cabeza. Después de pagar camraje, corretaje y agiotaje y patente de subsidio como especulador, y recibir maldiciones como acaparador, entró un dia en el granero y vió que el pez se volaba, saliendo en forma de palomilla por las ventanas, huyendo sin duda de su propietario. Ni cáñamo, ni alcanfor, ni agua de sal fueron bastantes para cortar aquella espantosa procreacion de volátiles, la dió á como se le quisiera pagar, tuvo de merma la mitad, que el resto fué para ratones y vecinos, y perdió un ciento por ciento. En el aceite fué mas afortunado, pudo ganar en diez dias un cinco por ciento, pero se le rompió una linaja, y la especulación vino al traste.

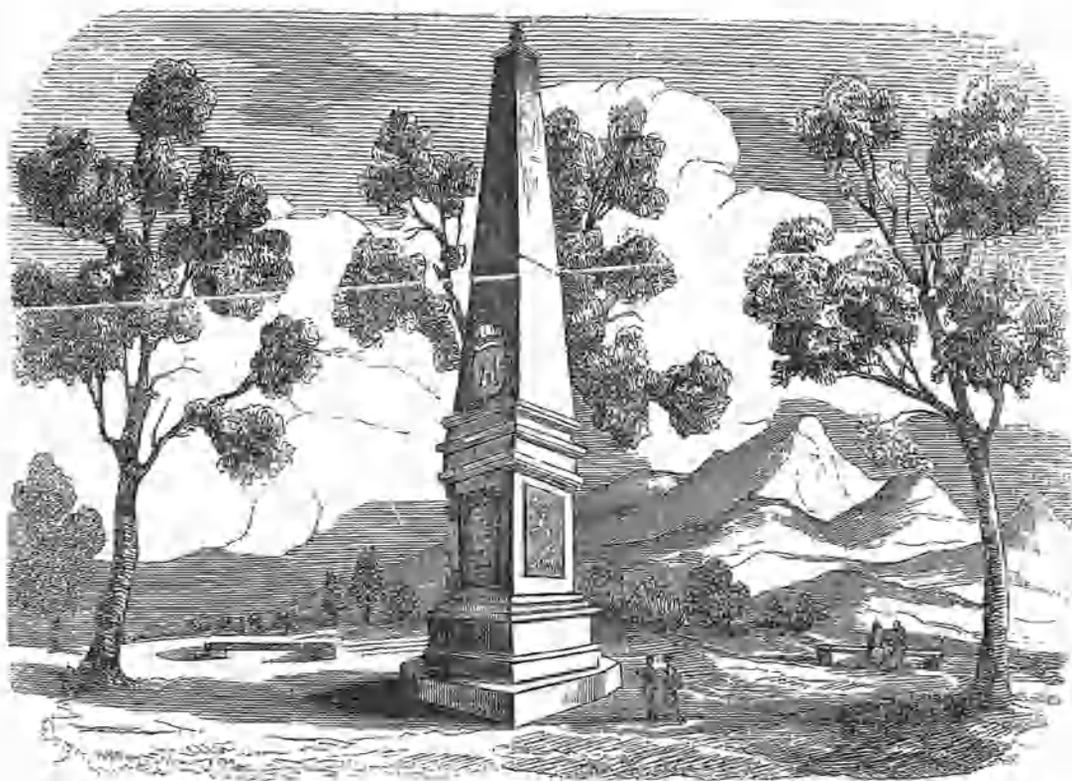
Entonces se lanzó á la usura, mas como no tenía entrañas de tigre, alargaba los plazos, se compadecía de los labradores, y los picaros le engañaban con estelionatos.

Se hizo ganadero y enriqueció á los ladrones y á los rabadanes, quedándole por frutos la peor leche, las crías mas raquitas, la contribucion, las denuncias, la epizootia y los años miserables.

Bobose al fin en los brazos de la agricultura, hizose barómetro, porque su cara era espejo del buen ó mal tiempo, se convirtió en esclavo de sus mozos, y se caba con sus propias manos hasta el pau de los perros. Al cabo de un quinquenio el capital le había producido un dos por ciento, y como el administrador de directas se empeñaba en que debía ser un cinco, quedábale á Juan Lanás el uno, deducida la contribucion, es decir, mucho menos de lo que le rendia su empleo con mas descanso y comodidades.

Todo lo compensaba con la importancia social. Llegaron las primeras elecciones de diputados, y mi hombre decidióse á hacer valer su óbolo electoral; mas le llamó su antiguo jefe, y como tenía instintos de gobierno, contentó con que le diese la mano el que siempre le trató como á ilota, votó con el ministerio. Tres disoluciones seguiditas hubo por entonces; en todas estuvo del lado del poder; mas como los ministros fueron al mismo panteon que los parlamentos, resultó sin saber cómo en la oposicion, y odiado por sus amigos, y perseguido por los gobernantes. Le apremiaba el alcalde, le multaron como individuo de la junta pericial sin haber asistido á una sola sesion, le aflostrón veinte veces la bodega, le reclamaron lo que no debía, le cortaron su mejor baza con un cambio vecinal, le deslinclaron la dehesa, y por pocas le quitaron hasta el corral del cortijo; dejaron su calle á oscuras, y le cargaron tanto la mano en el subsidio, en territorial, enlivo, ganaderia, provinciales, municipales, consumos, caminos, alumbrado, empedrado y alojamientos, que hubo de vender una finca, retirarse á un lugar, quitar á sus hijos del colegio, empeñar las alhajas, y hubiera vuelto á su pristino estado, á no tener una hija de muy buenos bigotes, que cantaba á las mil maravillas desde la sentimental *casta diez* hasta el provocativo *largo*, y que logró para su padre la administracion de un grande y la reconciliacion del gobernador civil. Mas se murió D. Juan Lanás al recibir el poder, y la primera visita del jefe de la provincia; tanto puebe la alegría en los corazones sensibles!— Descanse en paz, que si duran mas sus turbaciones, corto de golpe para no hacer interminables estos artículos.

J. GIMENEZ-SERRANO.



(Piramide que marca el confin de Castilla y Alava.)

EL CONFÍN DE CASTILLA Y ALAVA.

El que desde la corte ó otro punto cualquiera del interior se dirija por primera vez á las provincias Vascongadas, tan pronto como atraviese el celebre puente de Miranda de Ebro, no dejará, de hijo y de positivo, de llamarle al instante la atención el estremado aseo y la

limpia suma de las gentes que encuentre á su paso, el mejor cultivo de los campos, el mayor número de arbolado, lo montaoso y pintoresco del terreno, los arroyuelos de cristalinas y puras aguas que serpentean por do quiera, la elegante, á la par que sencilla y económica construccion de las ventás, casas de recreo, de peones camineros, fustas, caminos vecinales, etc.; la animacion y el tránsito continuo de carruajes y caballerías de todas clases, y la multitud de pueblecillos que se divisan por todos lados; y sin haver la menor pregunta á nadie

conocerá que ya se halla en otro país, y que, sin sentirlo, se va aproximando al término de su viaje; pero si por casualidad fuese distraído, la pirámide que intentamos describir en este artículo, y cuyo dibujo exacto ya á la cabeza del mismo, le obligará á fijar su atención, recordándole que aquel es el confin de Castilla y Alava.

La referida pirámide se halla construída á la izquierda de la carretera, casi tocando con las cintas de ella, á poco mas de un kilómetro de Miranda de Ebro; es de piedra blanca muy sólida, tiene en el cuerpo inferior tres lápidas hermosas de mármol negro, una al frente y otras á los costados; sobre cada uno de estos, en su parte superior, campean respectivamente las armas reales y las de aquella provincia, y en letras doradas grabadas en hondo se lee:

En el frente:

CONFIN
DE
CASTILLA
Y
ÁLAVA.

En el costado que mira á Castilla:

REINANDO CARLOS III.
AÑO DE M. DCC. LXXX. VII.
SE RECTIFICÓ Y CONSTRUYÓ EL CAMINO
DESDE ESTE CONFIN Á BURGOS.
SE ACABÓ LA OBRA
EL AÑO DE M. DCC. XCI.
REINANDO CARLOS III.
Á ESPENSAS DE LA RENTA
DE CORREOS.
SIENDO SUPERINTENDENTE GENERAL
DE ELLA Y DE CAMINOS
D. JOSEPH MONINO
CONDE DE FLORIDA BLANCA.
DIRECTOR PATRIÓTICO
DE LA OBRA
PEDRO JACINTO DE ÁLAVA.
ARQUITECTO
MANUEL ECHANOVE.

En el que mira á Alava:

EL CAMINO DE ESTE CONFIN
HASTA EL DE GUPÚZCOA
SE CONSTRUYÓ Á ESPENSAS
DE ESTA PROVINCIA DE ÁLAVA.
EMPÉZOSE LA OBRA
AÑO DE M. DCC. LXXII.
SIENDO DIPUTADO GENERAL
EL MARQUÉS DE LA ALAMEDA.
CONCLUYÓSE
EL DE M. DCC. LXXII.
SIENDO DIPUTADO
D. FRANCISCO XAVIER DE UREÑA.
SE PERFECCIONÓ
EN EL DE M. DCC. XC.
SERVIENDO AQUEL EMPLEO
D. MANUEL DE LLANO.
ARQUITECTO
D. FRANCISCO DE ECHANOVE.

En las tres citadas lápidas se ven además innumerables firmas de viajeros, muchas de generales y de otros individuos, pertenecientes á las divisiones francesas é inglesas en la pasada guerra de la Independencia, estampadas á la ligera en aquel album de piedra, unas sobre otras, sin orden ni concierto, para perpetuar su paso por el confin de Castilla, ó por pura diversion y entretenimiento.

Nosotros, en nuestros paseos casi diarios por el camino de Francia, hemos tenido la curiosidad y la paciencia de copiar los nombres y letras que mas nos han llamado la atención, y de buena gana estamparíamos aqui algunos de los segundos, si no se rozasen con la politica, siquiera por ruborizar un poco á sus autores, y para hacer notorio que no pueden ni deben echarla de profetas.

La plebe ignorante y abyecta, que en todos tiempos y en todos los países ha sido y será siempre la misma, no cesa de complacerse en destruir á pedradas el lindo y esbelto monumento de que nos ocupamos, y hasta algunos valientes tuvieron tambien, durante la pasada guerra, la poco envidiable gloria de fusilarle á boca de jarro, así es que los destrozos causados por las balás en las lápidas, en las cornisas y en las coronas de los escudos, se distinguen de lejos y causan la mayor indignacion al viajero.

REMICO SALOMON.

EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Si era, si!... que nadie como ella
Tuvo un semblante, todo de amor lleno,
Ni una treza mas negra ni mas bella,
Ni ojos tan grandes ni mirar tan bueno!...
¡No hay mas serena ni mas triste estrella,
Que aquel mirar tan triste y tan sereno,
Que parece que á todos nos pedía
Cariño y proteccion, ¡pobre Lucía!...

¡Te estoy viendo!... tan alta! tan airosa!
Y al mismo tiempo dulce y tan modesta!
¡Mas tímida y mas cándida que hermosa!
¡Toda tú llena de pasion honesta!
¡Con tu vergüenza de color de rosa!...
¡Hija mia, hija mia!... y era esta
La suerte que los cielos te guardaban,
Cuando con tal esmero te formaban!!!...

No torcieron el ánimo al manecho,
Ni ruegos, ni esperanzas, ni razones;
Que todos los obstáculos son cebo,
Cuando son verdaderas las pasiones.
Tomó la suya crecimiento nuevo,
Y se vistió de nuevas ilusiones,
Amando á mi Lucía de tal modo
Que puso en ella su sentido todo.

¡Qué podía yo hacer! pobre y no honrada,
Qué respeto imponer á quien me via,
Desde su vanidad tan empinada,
Con el justo desden que merecia;
Mi vida pecadora y desgraciada;
Que compasion ninguna me tenia,
Y al verme de rodillas suplicando,
Por mas ganancias me creyó llorando!

¡Lo que yo pedeci!... ¡justo castigo
Dió á mis pecados aquel dia el cielo!
Cuando Don Luis, riéndose conmigo,
Que me estaba arrastrando por el suelo,
Ea! dijo, no mas con un amigo
Tanto sudar para pedir consuelo,
Que para darte yo todo un tesoro,
No necesito tan gracioso lloro.

No respondí: la voz en la garganta
Se quedó atada con rabioso nudo,
Se me hinchó el corazón con rabia tanta;
Que contener tanto dolor no pudo,
Y si Don Luis de allí no se levanta
Poniéndose una silla por escudo,
Aquel dia, yo misma, con su muerte,
Cambiado hubiera mi maldita suerte!

Me sujetó el infame, y cuando vnicla
Me vió de mi colérica locura,
Me dejó en el sofá sentada y suelta,
Y él se sentó á mi lado, y con blandura,
Pero con voz de autoridad resuelta,
Me dijo sin respeto á mi amargura:
Por mas dolor, María, que te adija,
Tienes por fuerza que entregarme tu hija.

¡Qué bus de hacer?... ella me ama, y está loca,
Como yo de su amor, del amor mio,
Y en esta lance lo que á ti te toca,
No es mas, sino dejar correr el rio.
No es mi pasion tan chica ni tan poca
Que te pueda contar mi desvario,

Yo te aseguro á fé de caballero
Que es mi amor grande, y bueno, y verdadero.

Que si mi amor á ella así no fuera,
Trabajo tanto, nunca me tomara,
Ni tantas necedades cometiera,
Si un violento amor no me inflamara.
Y si amor tanto ardiente no la diera,
A estas horas tampoco ella me amara,
Que es el temple de su alma noble y fino,
En sentimientos cándido adivino!

Y ahora dejando esto, que yo creo
Que á ti no te se alcanza de amorios;
Para que veas que la paz deseo,
Y no quiero meterme en necios lios,
Te pido á ti á Lucía, y no hago empleo
Para obtenerla, de mis propios bríos;
Que si voces y escándalos quisiera,
Ahora mismo llevármela pudiera.

Haz lo que quieras ahora que ya sabes
Por dónde van los hilos de este asunto;
Con buen modo te pido que le acabes,
Y te lo pido con Lucía junto;
Si resistes á medios tan suaves,
Echaré mano de otros, y en un punto
Te verás, cómo es justo, abandonada,
Sin que te sirva tu furor de nada...

¡Ay! qué fiel la memoria nos presenta
Lo que entra en ella hiriéndola!... estas fuéron
De desprecio hácia mí, mofa y afrenta,
Las palabras que entonces me dijeron!...
Calló Don Luis, y sin hacer gran cuenta
Del mal que sus propósitos me hicieron,
Se fué, en mi hija y en su amor pensando,
A su madre, tan triste, despreciando!

Sírvome en mi tristeza de consuelo,
Pensar que el loco amante me mentía,
Porque hasta entonces ni el menor recelo
Tuve yo del cariño de Lucía.
Ningun suspiro ni amoroso anhelo
En mi pobre hija descubierta había,
¡Ni cómo siempre sola y apartada,
Podía estar tan pronto enamorada!

Mas ¡ay de mi infeliz! pocos instantes
Duró de mi deseo el pobre engaño!...
¡Quién puede adivinar de los amantes
Y del amor el laberinto extraño!...
Mi pobre hija que era un ángel antes,
Se había vuelto hipócrita en su daño,
Y yo, tan llena de años y experiencia,
Creía como en Dios en su inocencia!...

Era inocente, sí, mas los temores
A que el amor apasionado obliga,
Que á todos ve enemigos y traidores,
Si no es al enemigo á quien abriga,
La hicieron ocultarme sus dolores,
¡A mí!... ¡Dios mio!... ¡A su mejor amiga!...
¡Qué voz fatal en nuestro pecho suena
Que nos asusta de la senda buena!...

¡Por qué un secreto entre el amor materno,
Y entre el amor de un hijo el cielo pone!
¡Mas no es el cielo, no, que es el infierno
El que del pobre corazón dispone!
¡Y porque mas un sentimiento interno
Se envenenó en su fondo y mas se encona,
Le hace huir de la tierna confianza,
Vuelta en secreto, triste, su esperanza!...

¡Era verdad! ¡verdad! ¡pobre Lucía!
La triste estaba enamorada loca!...
El amor que en su pecho se nutría,
Mas, cuanto mas oculto, la provoca:
Sus labios palpitantes entrecubría

La sed de besos de su amante boca,
Y eran besos de amor que á su amor daba
Los suspiros dolientes que exhalaba!

¡Sí, á mí que de su amor, con mano dura
Quise romper los apretados lazos,
Tendía la infeliz en su amargura
Los inocentes torneados brazos,
Me apretaba con lánguida ternura
Y enviaba á su amante estos abrazos!...
¡Toda ella era de amor!... Mi triste suerte
Se la daba á su amante ó á la muerte!

¡Ah! no, hija mía, no, que yo primero
Que perderte por siempre, hubiera dado
Mi corazón de madre todo entero
Por mí misma del pecho desgarrado!
¡Por qué, por qué, Dios mio, no me muero
De esta hija mía que he perdido, al lado!
¡Cómo no mata esta profunda pena
Honda y cruel, que el corazón me llena!...

¡Ah! yo, hija mía, de tu pecho hermoso
Llegué hasta el fondo, por curar tu herida,
Y hallé turbado tu infantil reposo
Hasta el último centro de su vida!
¡Un corazón valiente y generoso,
Solo á amores de muerte da cabida,
Ni hay para él en su violento anhelo,
Si no es amor, ni vida, ni consuelo!

¡Qué había yo de hacer!... cuando iracundo
El huracán rugiendo se desata,
Se lleva por delante el ancho mundo,
Sin que ninguna fuerza le combata!
De mi impotencia en el dolor profundo,
Maldije al cielo y á mi hija ingrata,
Y separando mis causados brazos,
Dejé al amor llevársela en pedazos!...

¡Se la llevé!... ¡Dios mio, y cuán contenta!...
Estoy aun viendo de sus labios rojos
La celestial sonrisa, y dulce y lenta
La mirada amorosa de sus ojos,
Cuando cediendo á su pasión violenta,
Dejé los nudos que la ataban, flojos,
Y echó á volar dichosa y sin recelo
Al cielo de su amor... ¡Funesto cielo!...

¡Pobre niña!... Aquel día, yo, su amante
Y su cariño fui, no se atrevía
A quedarse sin mí ni un solo instante,
Y con vergüenza de Don Luis huía,
Mientras él con su amor loco y triunfante,
Hermoso de cariño y de alegría,
Con ojos encendidos devoraba
La rica presa que el amor le daba!

¡Quién al ver tanto amor, tanta hermosura,
Hubiera pena tanta presagiado!...
Yo misma arrebatada en la locura
De su pasión, un punto, mi cuidado
Abandoné, creyendo en la ventura
Del tierno amor que de Lucía al lado,
La daba vida con su blando aliento,
De eterna dicha y de inmortal contento!

¡Por qué ¡ó Dios mio! entonces no pusiste
En mi pecho la amarga rabia de ahora,
Esta sed impotente negra y triste
De sangre de Don Luis que hoy me devora!...
¡Yo del alma inhumana que le diste
Hubiera registrado la traidora
Guarda oscura, de sus rotas venas
Y de su sangre vil mis manos llenas!...

¡Mas ¡ay triste de mí! nada adelanto
Con estas miserables maldiciones,
Cual un monte de hierro es mi quebranto,
Y mis venganzas, pobres ilusiones!...

¡ Maldito sea hasta el estéril llanto,
 Impio cielo, que en mis ojos pones,
 Sin duda porque limpie de mi seno,
 De amiga muerte el plácido veneno!

¡ Tú, asostado, me miras y no aciertas
 A sentir el dolor de mi agonía,
 Por más que lloras, á mi pena abiertas
 Las venas de tu noble simpatía!...
 ¡ Mira!... ¡ Contempla las facciones yertas
 De ese cadáver!... ¡ ¡ Esa es hija mía!!...
 ¡ ¡ Qué sabes tú de mi dolor!!... ¡ ¡ Te engañas!!...
 ¡ ¡ Vosotros no tenéis ni amor ni entrañas!!...

¡ Dais vosotros acaso en vuestro aliento,
 Vida al tierno hijo que en nosotras vive,
 Que de nuestra alma y nuestro amor sustento,
 En nuestro mismo corazón recibe!...

¡ Dónde hay dolor cruel y violento
 Que vuestro afecto como el nuestro avive,
 Cuando rasgada nuestra propia vida
 La damos á una prenda mas querida!...

Y hablando así, la madre desgraciada
 Levantaba hácia Adán entrambas manos:
 Amenazante y loca la mirada,
 Mientras él embebido en los areanos
 De una pena para él tan ignorada,
 Se confundía en pensamientos vanos
 De impiedad y de fé, loco el sentido
 Y el corazón llorando y afligido.

Rompió entonces en lágrimas la pena
 De la madre infeliz, y vuelta luego
 A una calma mortal, fría y serena,
 Desesperado, aterrorador sosiego,



Cual si contara alguna historia ajena.
 Sin sentimiento en la espresion ni fuego,
 Siguió diciendo con la vista fija
 En el blanco cadáver de su hija.

Don Luis feliz, Lucía venturosa,
 ¡ Qué era yo con mis cuitas á su lado,
 Sino la imagen viva y enojosa
 De la pobre tristeza y del cuidado?...
 Cortada ya la apetecida rosa,
 Queda sola la rama que la ha dado:
 Gracias, si el que la deja sola, cuida
 De regarla con mano agradecida.

Gracias di yo á Don Luis, que mi existencia
 Hourada quiso hacer, independiente:
 Ni jamás con desden ni indiferencia
 Mi hija me miró: vivía ausente
 De mi continuo amor y diligencia,
 Mas yo habitaba de su casa enfrente,
 Y no pasaba nunca un solo día
 Sin que viera á su madre mi Lucía!

(Continuará.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.